

San José, Costa Rica

— 30 Septiembre de 1911 —

RENOVACIÓN

Año I

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Núm. 18

SOCIOLOGÍA

La Sociedad y el Estado

La Sociedad se extiende á todo el mundo sin que la limiten las razas, las religiones, los idiomas ni las leyes nacionales.

El Estado, cada Estado, se halla circunscrito en sus fronteras, y se estira ó se encoge por la conquista, por los matrimonios regios, por testamento de un autócrata y rara vez por anexión voluntaria.

La ciencia, el arte, la industria, el comercio, la imprenta y las comunicaciones, dan al hombre derecho de ciudadanía en todas las latitudes: el conocimiento, cualquiera que sea su procedencia local, fijado y extendido por la imprenta, adquiere adaptación y aplicación mundial; el arte enaltece el sentimiento con la concepción y expresión de la belleza sin limitación geográfica; el comercio transporta y cambia los productos naturales é industriales para satisfacción de las necesidades de todos los habitantes del globo; de modo que la existencia de la humanidad se manifiesta por la constitución, conservación y continuación indestructible de la Sociedad.

El Estado, por el contrario, limita y cohibe al hombre con la autoridad y la ley, y divide y fracciona la humanidad con las fronteras. Con la autoridad y con la ley sostiene todos los privilegios; sistematiza la opresión y el vilipendio de los inferiores, y da apariencia de justicia á cuantos re-

ursos egoístas adoptaron los usurpadores mandarines para continuar imperando.

La Sociedad, libre recipiente de todas las manifestaciones de inteligencia y de la actividad humanas, progresa por agregado constante de los productos del saber y del poder de los hombres, sin que por sí misma cree la menor dificultad ni oponga el menor obstáculo al incesante movimiento de avance progresivo.

El Estado impide la libre y natural expansión humana con su irracional é inhumana legislación de la propiedad, dando á unos la posesión de la tierra y con ella el monopolio de la riqueza social, y dejando á otros privados de medios de desarrollarse, de instruirse y de vivir como exigen las condiciones típicas de su ser.

En la sociedad halla y hallará más cada día el hombre su complemento; todo lo que hasta el momento presente se ha pensado, estudiado, observado, experimentado y descubierto, entregado al trabajo, á la producción y á la circulación estaría á la libre disposición de todo el mundo, constituyendo un patrimonio universal, si el Estado no hubiera dado forma de derecho á la expoliación practicada por los usurpadores privilegiados á quienes favorece y defiende.

De la diferencia existente entre la Sociedad y el Estado se origina el

anarquismo, tomando la agrupación humana en lo que tiene de racional y positivo y desechando lo superpuesto como irracional y violento.

Y claro está: lo racional y positivo es la Sociedad; por ella el hombre primitivo extendió y multiplicó su poder con la experiencia tradicional y con las armas y las herramientas para la defensa, el ataque y el trabajo. Y lo superpuesto, irracional y violento es el Estado, que limita las facultades humanas con las fronteras, la autoridad, la ley, y su lógica consecuencia la tiranía, el privilegio y la pobreza desheredada y abyecta.

Los ácratas reconocen la sociedad como producto natural de la evolución y rechazan el Estado como rémora, como estorbo, como obstáculo. No tienen, pues, analogía ni concomitancia con los demócratas socialistas ni con los demócratas á secas, que pretenden influir en el progreso de la humanidad con reformas en el Estado de su país respectivo, como no la tiene la Medicina, por ejemplo, que es la experiencia y la ciencia de los siglos, con el curanderismo, que es la charlatanería de los vidvidores y la superstición de los ignorantes.

El ácrata afirma la vida, la libertad y la fraternidad de los hombres en toda la redondez de la tierra, como lo afirmarí el hombre equilibrado que con la sencillez de un Adán alcanzara la mentalidad del científico de nuestros días; y el político, sea socialista, republicano ó monárquico, pide reformas de carácter progresivo, estaciona-

rio ó regresivo á su Estado, descuidando, por malicia ó por ignorancia, lo que afecta al bienestar y al perfeccionamiento de la Sociedad. La filosofía de los políticos reformistas, que desde su Estado quieren reformar la Sociedad, les hace pretender meter lo grande en lo pequeño y profesar el absurdo de la frase vulgar que «arroja la casa por la ventana».

La confusión entre las ideas Sociedad y Estado es funestísima; por ella se han esterilizado las revoluciones, dejando subsistente, tras grandes trastornos revolucionarios, el concepto legal de la propiedad, que da al propietario capitalista el monopolio de los medios de producir y de la producción, y el de la accesión, que despoja al productor del fruto de su trabajo.

Por esa confusión hay trabajadores cándidos que votan, y candidatos cacos que se dejan elegir, y entre todos sostienen la farsa parlamentaria que prolonga la existencia del Estado desde que se anuló el supuesto derecho divino de los reyes y continúa prolongándose la rémora opuesta por el Estado á la Sociedad.

En resumen: la Sociología, ciencia de la Sociedad, inspira el criterio analítico y crítico de los ácratas, y sus demostraciones, conclusiones y aplicaciones de esa ciencia, que determinan racionalmente las relaciones de los hombres, tendrán extensión y vida inmortal á partir del triunfo de la Acracia.

ANSELMO LORENZO

Dios y Religión

Dios es la religión.

La religión es el pensamiento esclavizado. El creyente tiene ojos y no debe ver; orejas y no debe oír; cerebro y no debe razonar. No debe atenerse á sus manos, á sus oídos, á sus ojos, á su intelecto. En todos los casos tiene el deber de interrogar la revelación, de inclinarse ante los textos, de con-

formar sus pensamientos á las enseñanzas de la ortodoxia. La evidencia es para él una impúdica blasfemia, cuando se presente como adversaria de su fe. La ficción y la mentira las proclama verdad y realidad cuando sirven los intereses de su Dios. No pretendáis jamás de él, del creyente, que toque con sus dedos la inepticia de sus

supersticiones; os contestará cerrándoos la boca si tiene bastante fuerza ó injuriándoos cobardemente por detrás, si es impotente.

La religión prende, la inteligencia del niño apenas despierta, la modela con procedimientos irracionales, la aclimata á métodos erróneos y la deja desarmada ante la razón, enemiga de la exactitud. El atentado que el dogma procura cometer contra el niño de hoy lo ha consumado durante muchos siglos contra la humanidad en su infancia. Aprovechando y abusando de la ignorancia y del espíritu temeroso de nuestros padres, las religiones, todas las religiones, han oscurecido el pensamiento encadenando el cerebro de las generaciones pasadas.

La religión es además el *progreso retardado*.

Para el entontecido con la estupidez de una eternidad de alegrías ó de sufrimientos, la vida actual no es nada.

Como duración es de extrema fugacidad: veinte, cincuenta, cien años, no son nada ante los siglos sin fin que la eternidad suponen. El individuo curvado bajo el yugo de las religiones ¿puede conceder alguna importancia á esta fugaz carrera, á este viaje de un instante?...

A su juicio, la vida es sólo el prólogo de la eternidad que espera; la tierra no es otra cosa que el vestíbulo que á ella conduce.

¿Entonces, por qué luchar, investigar, comprender, saber? ¿Por qué ocuparse tanto en mejorar las condiciones de tan corto viaje? ¿Por qué ingeniar-se en hacer más espacioso, más aireado y más claro ese vestíbulo, ese corredor en el que sólo se estaciona un minuto? Sólo una cosa es importante: la salvación de su alma, la sumisión á Dios. Sin embargo, el progreso no se obtiene sino por el esfuerzo tenaz, esfuerzo que sólo realiza quien siente la necesidad de ello. Y como vivir cómodamente, satisfacer sus apetitos, disminuir sus penas, aumentar su bienestar, son cosas de poca monta para el hombre de fe sincera, poco puede importarle el progreso.

Que las religiones producen como consecuencia la esclavitud del pensamiento y la quiebra de todo progreso, son verdades que la historia se encarga de consagrar, porque los hechos confirman en tropel todas las afirmaciones del razonamiento.

¿Pueden concebirse crímenes más espantosos?...

¿Y las guerras sangrientas que, en nombre y cargo de los diversos cultos, han promovido los hombres durante cientos y miles de generaciones entre miles y millones de combatientes? ¿Quién será capaz de enumerar los conflictos cuyo solo origen ha radicado en las religiones?

¿Quién formulará el total de muertes, de asesinatos, de hecatombes, de fusilamientos, de crímenes con que el sectarismo religioso y el misticismo intolerante han ensangrentado el suelo sobre el que se arrastra la humanidad, aplastada por el tirano sanguinario que las castas sacerdotales han tenido la siniestra misión de hacernos adorar?

¿Qué incomparable artista sabrá jamás trazar con la riqueza del colorido suficiente y la necesaria exactitud, las trágicas peripecias de ese drama cuyo horror aterrorizó durante seis siglos las civilizaciones bastante desheredadas para gemir bajo la dominación de la Iglesia Católica, drama que la historia ha flagelado con el nombre terrible de Inquisición?

La religión es el odio sembrado entre los humanos, es el servilismo cobarde y resignado de millones de sometidos; es la ferocidad arrogante de los papas, de los pontífices y de los sacerdotes. Es también el triunfo de la moral bárbara y despótica que sólo consigue la mutilación de los seres; moral de laceración de la carne y del espíritu; moral de mortificación, de abnegación sin finalidad, de sacrificio sin grandeza; moral que obliga al individuo á reprimir sus más generosos ímpetus, á moderar los impulsos de su instinto, á contener sus pasiones más honradas, á ahogar las más justas de sus aspiraciones; moral que ensombre-

ce el espíritu con prejuicios ineptos y llena la conciencia de remordimientos y temores; moral que engendra la resignación, rompe los resortes prodigiosos de la energía, coarta el esfuerzo liberador de la revuelta y perpetúa el despotismo de los amos, la explotación de los ricos y el sombrío poder de los curas.

La ignorancia en el cerebro, el odio en el corazón, la cobardía en la voluntad, tales son los crímenes que yo im-

puto á la idea de Dios y á su fatal colorario.

Todos esos crímenes, de los que acuso como autores públicamente y en libre discusión á los impostores que hablan y obran en nombre de Dios, de un Dios que jamás ha existido, son «Los crímenes de Dios», porque es en su nombre como los han cometido, porque han sido y son engendrados por la idea de Dios.

SEBASTIÁN FAURE

El fin de las supersticiones

Ha descubierto el hombre fuerzas misteriosas que en la Naturaleza misma existían ignoradas; las maravillas de la civilización asombran á veces tanto como las maravillas de la Naturaleza. Utiliza las grandes cataratas, á las que hace producir luz y calor, sujeta el rayo, acorta las distancias entre los antípodas, cruza veloz la corteza terrestre, las embravecidas olas y aun se dispone á disputar al águila condal el dominio de los aires. Es más, hace que su pensamiento se traslade rápidamente de uno á otro hemisferio, comunicándose en minutos con pueblos de otras razas.

Aun no ha podido dominar las supersticiones. Siente el hombre en su cerebro la llama creadora que le lleva á reducir á los elementos y servirse de ellos á su antojo. Cada día descubre que allí donde se decía «misterio» sólo existió una fábula más ó menos ingeniosa. Nos hablan los teólogos de causas ocultas, de misterios, nos amenazan con un mañana eterno, lleno de horrores, en que nuestros espíritus sufrirán torturas infinitas. El hombre ignorante se deja alucinar por nuevas

formas religiosas. Ven que la materia se transforma y quieren que el espíritu permanezca inmutable. No importa; la ciencia, implacable, se burla de los temerosos que pasan su vida contemplando el cielo, y se pone al lado de los audaces que quieren que no quede un repliegue de la tierra, ni un sol del universo desapercibido para él para disponerse á tenerlo á su servicio. En el cerebro del hombre está escrito adelante, *plus ultra*.

No importa que las religiones le aten y amenacen, que la superstición tome hipócritamente nuevos nombres, que se asocie á los descubrimientos y á las conquistas de la civilización; el hombre está en el camino de la verdad, y á su cada vez más seguro paso sobre el planeta no resistirán las metiras sustentadoras de las tiranías, cuyos dogmas de misterios y terrores ha roto en mil pedazos su razón, y que con su marcha incesante dejará detrás, cuando y á la conciencia humana repugne como crimen monstruoso la explotación del hombre por el hombre,

MANUEL IGLESIAS

PENSAMIENTOS

Vivimos entre dos hipocresías: la de la Iglesia y la del Estado.—M. MENÉNDEZ.

Detenerse es retroceder, y cada paso atrás es principio de muerte; el porvenir sólo pertenece al progreso.—E. H.

Donde no baste la fuerza de la razón, debe emplearse la razón de la fuerza.—E.



Ideas y Letras

Se *cree* que hay Dios porque lo afirma la religión; se *sabe* que no hay Dios porque lo afirma la ciencia.

A los maestros corresponde desvanecer el conflicto entre lo que se *cree* y lo que se *sabe*, dando base racional á la inteligencia de la infancia.

Ellos, como ministros de la verdad, tienen responsabilidad en la ignorancia y en la injusticia dominante.

Cumplan, pues, estrictamente su deber, y serán los redentores de la humanidad.

Ese antagonismo social que existe porque hay ricos que ansían enriquecerse más y pobres que aspiran á ser ricos, odioso en todas sus manifestaciones, lo es mucho más cuando se observa en la Escuela.

El maestro que no sabe ser desinteresado, que convierte su profesión en negocio y vicia con su egoísmo la inteligencia de los niños, es malo por sí y en proporción del número y de la futura influencia de sus alumnos.

De él puede decirse que no es el maestro que enciende la luz, según la expresión de Víctor Hugo, sino el cómplice del cura que la apaga.

ANSELMO LORENZO

PEDAGOGÍA

La educación

La educación y la enseñanza se completan.

Educando tan sólo obtendremos individuos capaces de obrar por sí mismos en cualquier sentido, pero sin los conocimientos necesarios para dirigir acertadamente sus actos.

Enseñando únicamente obtendremos seres muy instruídos, quizá muy inteligentes pero que, regularmente, obrarán de modo distinto á como piensan porque sus cualidades morales y sus sentimientos no se habrán cultivado al par y en armonía con su cerebro.

Educar es formar los caracteres, lo cual en lenguaje libre y racional no quiere decir que sea hacerlo con arreglo á un patrón fijo, sino sobre la base de las inclinaciones y rasgos naturales del educando. La misión del educador debe, á mi juicio, consistir en desarrollar en aquél la voluntad, el hábito de la sinceridad y el espíritu de iniciativa. He aquí las tres cualidades que yo considero como la piedra angular de toda individualidad bien cimentada.

El desarrollo de la voluntad y de la iniciativa propias trae aparejado el amor á la actividad, al trabajo. El hábito de la sinceridad presupone el amor á la verdad.

En el orden de las tendencias malas que es conveniente atajar desde un principio podemos incluir la pusilanimidad, la malicia, la vanidad y la envidia: las mejor indicadas para corregirlas son, respectivamente, la confianza en sí mismo, la pureza de las intenciones, la apreciación justa y serena de nuestras cualidades y acciones anterior á toda ostentación, y por último, *la emulación franca y leal unida al esfuerzo continuo por perfeccionarse.*

En cuanto á las pasiones violentas, como la cólera y el odio, que ofuscan

la razón y desarrollan la impulsividad animal, es necesario corregirlas por la presencia de ánimo indispensable para discernir con claridad la reparación adecuada á las injusticias y excesos de nuestros semejantes, y con la firmeza de carácter para mantener la verdad, desvanecer un error y combatir una mentira ó un prejuicio, sin ceder jamás ante las solicitudes de la amistad más estrecha ó del afecto más puro.

De lo expuesto se desprende que lo que nosotros entendemos por educación tiene por objeto la formación de individuos sinceros, emprendedores y activos, decididos sin temeridad, reservados sin perfidia, sencillos sin afectación, ambiciosos sin bajeza ni mezquindad, y por último, sociables sin doblez ni hipocresía.

En lo referente á la enseñanza comenzamos por decir que no basta saber lo que hay que enseñar al niño, cómo y cuándo. Lo primero que hay que hacer es desarrollar en él las disposiciones necesarias para que se asimile bien lo que le enseñen. Tales son, entre otras, la atención á lo que observe, lea ó le expliquen y la curiosidad, bien entendida, que no se contenta con saber la existencia de las cosas, sino que busca el conocer sus causas y efectos.

Hay que habituar al niño á que pregunte, observe é indague hasta desvanecer sus más pequeñas dudas. El tipo del escolar que se trata de crear en la moderna escuela no se parece en nada al de hasta hoy, que sólo sabe, y no es culpa suya sino de sus maestros, repetir como un papagayo todo lo que lee en los libros de texto ó oye de labios de sus preceptores y aporta siempre el testimonio de unos y de otros como infalible. En la Escuela Moderna, por el contrario, es el alumno quien

pregunta y el maestro quien responde, ó mejor dicho, éste suministra á aquél cuantos datos y elementos de prueba necesita para responderse á sí mismo.

Es así como el niño no será más víctima de la sugestión é influencia de seres extraños á él, aunque éstos se llamen sus padres, maestros ó mayores en edad, saber, etc. El niño se pertenece á sí mismo, y nadie, absolutamente nadie, tiene jurisdicción alguna sobre él. Lo único que hay que hacer con él es colocarle en condiciones favorables para que su personalidad se forme por impulso propio y espontáneo, y tome del mismo modo la dirección y caracteres determinados por su idiosincracia. Este es, ni más ni menos, el objeto de la Escuela Moderna.

En cuanto al método de enseñanza, el mejor será, sin disputa, aquel que atienda simultáneamente á la teoría y al hecho. Así, por ejemplo, para estudiar los fenómenos naturales será preciso acompañar la explicación con la observación directa de los mismos.

Si la educación moderna ha de ser integral es necesario que atienda al mismo tiempo que á la formación de la personalidad moral é intelectual del niño, á su desarrollo físico. Para este fin sirven los ejercicios gimnásticos, y sobre todo, el libre y espontáneo accionamiento de los miembros en los juegos de movimiento.

Otro de los objetos principales de la Escuela Moderna debe ser el poner al alumno en condiciones para que, ya adulto, pueda abrirse paso en la vida. El individuo no debe salir de la Escuela sino hasta que conozca prácticamente la profesión ú oficio que se adapta mejor á sus aptitudes é inclinaciones naturales.

En resumen, la enseñanza moderna, á nuestro entender, debe ser ante todo experimental, de tal manera, que el individuo al abandonar la escuela posea, á más de la capacidad suficiente

para la lucha por la existencia, una serie ordenada de conocimientos exactos y positivos que sirvan de base sólida á su razón y á su inteligencia en el estudio de las Ciencias superiores, y le conduzcan acertadamente en la investigación de la verdad á través de la espesa maraña de los sistemas, filosofías y morales que hoy flotan en el ambiente, ya á modo de atmósfera protectora de las instituciones imperantes, ó bien pretendiendo reformarlas ó sustituirlas con arreglo á las tradiciones del pasado ó á los ideales del porvenir.

En cuanto á si la enseñanza moderna ha de ser neutra ó libertaria para que dé jóvenes libres, yo opino que el querer dar cualquiera de estas dos características á la enseñanza es incurrir en un grave error.

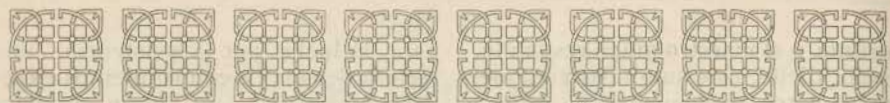
Ofrecer ideas hechas bien sea en un sentido neutral ó tendencioso al individuo, cuando éste no se encuentra aún en condiciones de razonarlas, es imprimir en su naciente razón un vicio de origen que no puede conducir á ningún resultado práctico ni beneficioso. Yo considero más racional y más lógico dar á la razón individual la base sólida á que antes me he referido y para esto es suficiente con que la enseñanza sea puramente científica, es decir, que se concrete á la percepción y análisis de los hechos, y al estudio de sus causas y efectos.

Tal sistema de enseñanza, habituando al niño á no aceptar ningún hecho sin antes haberlo comprobado por la observación y la experiencia propias, lo creemos el más acertado para formar hombres conscientes, con la capacidad necesaria para dirigir por sí mismos, é individualmente, sus actos, único modo como el individuo puede, legítimamente, llamarse y llegar á ser libre.

ALFONSO LOGO



Ponemos en conocimiento de los suscriptores y agentes que no hayan cancelado el recibo del tercer trimestre lo hagan á la mayor brevedad, si quieren recibir el número dedicado á F. Ferrer.



PÁGINAS LITERARIAS

LA PATRIA

Recitación escolar

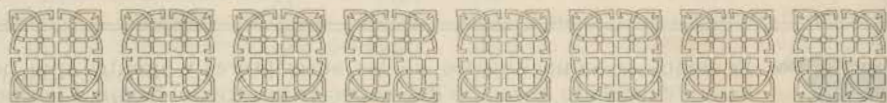
Qué es la Patria? preguntan
los ojos de los niños
al mirar cómo flotan,
por el viento extendidos,
los trapos de colores
que adora con fervor el patriotismo.

Las edades ya muertas
que sepultó el olvido
en la tumba en que duermen
para siempre, rodeadas de sus mitos,
se incorporan y dicen:
«es el suelo querido
en que á la luz primera
nuestros ojos abrimos;
el pedazo de tierra
que entre linderos fijos
abarca mil objetos
para nuestro cariño.
Quien á su patria quiera
con afecto exclusivo,
debe odiar á los hombres
que en extranjeros sitios
tienen también sus patrias
en torno de sus nidos.
Los hijos de otras patrias
son nuestros enemigos
y morir combatiéndolos
es el mejor destino
que ambicionar debemos
para ser de la nuestra buenos hijos.»

Y el pensamiento nuevo
más humano y más digno
del progreso que á todo
da calor, fuerza y brillo,
sonríe ante esos viejos
y pobres desatinos
y contesta: la Patria?
Es el monte y el río,
el sol que nos alegra,
el campo florecido,
el mar que nos arrulla
con su rumor continuo,
la casa que nos brinda
su delicioso abrigo,
el cielo que nos cubre
y el viento que nos dijo
al pasar: cuán extensos
del hombre los dominios!
Donde quiera que un campo
y una selva y un río,
y un cielo azul miremos,
y un sol nos dé su brillo,
y una brisa nos bese,
y un techo nos dé abrigo,
allí estará la Patria
de nuestros goces íntimos;
que la Patria es la tierra
y los hombres sus hijos.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

(Del libro en preparación *Jardín para niños*.)



El mercado de la miseria

A fin de completar cierta suma que me hacía falta, me dirigí ayer á una de esas casas en donde le facilitan dinero á los clientes al módico interés del seis por ciento mensual, previo depósito de algún objeto de valor sobre el cual le giran al propietario de la prenda por una tercera parte del costo de la misma, si no por menos; que esto depende más que todo de las entrañas del judío que así trafica con la miseria de cuantos venimos á la vida sin grandes dotes para el ejercicio de la rapiña, el más eficaz para merecer en corto tiempo la designación de personas acomodadas y decentes.

Detrás del mostrador y enfrente de los anaqueles del bazar, en medio de una profusión de prendas entre las que podían contarse violines, cuadros, ropas de vestir, libros, relojes, herramientas de obrero, bustos de arcilla, alfombras, objetos de joyería, mesas, sillas y cuantas más es posible suponer, agitaba sus miradas de víbora el vampiro que allí trafica con la ajena penuria y con el dolor ajeno. Me miró de alto á bajo como queriendo medir toda la exhaustés de mi bolsillo, dobló luego el entrecejo en dos y, con voz áspera, dejó caer sobre mi ansiedad manifiesta su cálculo inapelable. Dos pesos me daba en préstamo por mis gemelas de oro que yo había obtenido en ocho en épocas de relativa bonanza para mis negocios. La cuarta parte del valor legal, ni más ni menos, y con un interés, *por ser á mí*, del cinco por ciento.

Estupenda transacción!, iba á exclamar, cuando un nuevo personaje apareció en escena.

Este otro cliente era una niña, digamos de siete años, una andrajosa chicutela que trafa en brazos á su hermanito, el cual no contaría arriba de dos años.

—A ver, don Edmundo, dijo con toda desenvoltura encarándose al propietario de aquella arca de Noé, ya no nos queda que traerle y mamá cada vez peor, más enferma.....por eso he traído á *Nacho*, á ver cuanto nos presta por él

Y como notara que el judío no comprendía, agregó:—Vea, es que nos hace falta dinero para ir á la farmacia por más medicinas; por eso traigo aquí á mi hermanito, á escondidas de mamá. Píjese qué hermoso está, ya comienza á hablar y esta mañana lo he bañado; ¿ve que fresco? Lo dejaré aquí, pero á condición de que usted nos lo cuide un poco: cuando despierta se le pasea un rato en brazos y si hay leche se le da un poco..... es de lo más tranquilo, basta con cantarle el *arrurrú* para tenerlo dormidito. Usted se lo cantará por las noches y lo acostará en la cuna que le dejamos hace dos semanas, ¿verdad?..... A ver, ¿cuánto nos presta por mi hermanito?

Visiblemente contrariado, el usurero lanzó sobre la pequeña sus miradas de víbora y con acento bestial dijo al cabo:

—Ve con ese muñeco á donde su madre y si ella logra parir uno de oro, lo traés aquí. Así, si llevarás dineró, sólo así. ¿Entiendes?

Y remató su infamia con una cargada de bandido.

RUBÉN COTO

Vida en las cosas

—Háblame más de sus emociones, amigo mío. Es usted singular. No se puede imaginar cuánto me ha encantado todo lo que me ha dicho de su amor á las aguas. ¿Será usted un tomador

de Haschich y me describe una de las fases de la embriaguez?

—No le hablaré más del agua; hoy le contaré como pueda la impresión, ó mejor dicho el mundo de emociones

que en mí produce un simple silbato, no se ría Ud. Pero podré describírselas? Algunas son tan sutiles, tan exquisitas, que se necesitaría un idioma hecho con una materia parecida á esa de que están fabricadas las brillantes y finas telarañas que relucen á la claridad de la luna.

Y habló con su voz suave, insinuante:

—Es el pito del afilador el que me ha despertado esta mañana.

¿Lo habéis oído alguna vez, señora? Quizá sí, pero sin saborearlo; de la misma manera que se oyen esos mil ruidos como el de la lluvia y el viento que tantas cosas dicen á las almas soñadoras. Esa música que canta el silbato del afilador ejerce sobre mí una magia especial: me hace sentir intensamente, de la misma manera que se experimenta un intenso dolor físico, la tristeza inmensa de la vida, la inutilidad de la vida, el porqué de la vida. Me parece que soy un vencido, caído á la orilla de un camino solitario y bello, envuelto en la luz del atardecer, abandonado de todos y de todo... de todo no, que me acompaña el doliente ritornelo del afilador, que se va prolongando á lo largo del camino semejante á un hilo de dolor. Como nunca, veo la humanidad, extendiéndose sobre la tierra asimismo que una cadena gigantesca en la cual cada ser es un eslabón que aun cuando está en contacto con los vecinos, es un eslabón solo... entendéis? solo, solo! ¡Que desoladora es esta soledad del hombre que vive en sociedad! Entonces recuerdo aquel trozo de Maupassant que él llamó «Solo!» y que hace sentir como nada la soledad de la vida! ¿Queréis que recite uno de sus párrafos que me viene á la memoria?

«Tienes tú idea de algo más horroso que ese constante rozamiento con los seres en cuyo pensamiento no podemos, penetrar, á quienes no comprendemos?» En otra parte dice: «Yo mismo he deseado ardientemente entregarme todo entero, abrir por com-

pleto las puertas de mi alma y no lo he conseguido: porque guardo allá en el fondo, muy en el fondo, ese lugar secreto del yo, donde nadie penetra, que nadie puede descubrir porque nadie conoce á nadie.»

Yo me embriago con la cancioncita que el afilador saca de su silbato, mientras su máquina va rodando por la calle empedrada ó entretanto que afila las tijeras y el cuchillo de mis vecinos, como un niño con unas gotas de vino dulce.

Para mí es una sencilla melodía que tiene sabor, olor... un sabor vago ¿á qué?... dejadme pensar... á lo que saben los recuerdos ¿sabéis? ¿Por qué pienso obstinadamente cuando canta el silbato del afilador, en el sabor que tenía la blanca rebanada de pan que mi madre me daba cuando era niño antes de irme á la escuela? Me huele á tierra mojada por los primeros aguaceros y me parece oír á los yigüirros los anunciadores de las tardes grises arrebujadas en la lluvia y de las noches sin estrellas, cuando los focos eléctricos parecen á través de la niebla gotas de azogue que caen, de esas noches en las cuales se recuerda á los muertos queridos que tendrán tanto frío bajo la húmeda tierra, mientras uno mira la llama del hogar haciendo guiños amistosos y se oye afuera la lluvia que hila su canción monótona.

Y mi pensamiento es bajo la caricia de la humilde tonadilla, como esas graciosas arañitas que buscan para prender los hilos sutiles de su tela, las hojas de una planta, porque mi pensamiento busca entonces para prender los suyos no más que recuerdos tristes y dulces.

El afilador se aleja por la calle empedrada, haciendo rodar su máquina y cantar su silbato sin imaginar que su música está haciendo sentir á un corazón como nunca conseguirían que sintiera esas difíciles y enmarañadas músicas que alborotan los nervios y dejan tranquilo el sentimiento.

CARMEN LIRA

CRÓNICAS SOCIALES

El nuevo credo

En estos días han venido en grupos los *amigos* á traernos el guante de un reto bizantino que á ninguno de nosotros se ha lanzado.

Imaginan los tales que el hecho de acudir á la prensa dos caballeros de la pluma á discutir la bancarrota del liberalismo, nos obliga á salir por fueros que hace rato abandonamos en nuestra incesante evolución *hacia adelante*.

Pues bien, fuerza es que declaramos no tener puesto alguno en tal combate. En el cual, además, no aparece un fin visible más allá de aquel que se resuelve en fervorosas adulaciones al mandatario actual de Costa Rica, cuyo *liberalismo* claudicante es el mismo que como tal campa y se debate contra las reacciones que le disputan en el mundo latino nada más que una hegemonía política, borrada ya de los mirajes del ansia sinceramente libertaria.

No es posible á estas horas hacer defensa alguna del pseudo liberalismo puesto en voga. Como no es dado á los hombres religiosos que aún se empeñan en llevar á la rastra por la vida las armazones de sus liturgias, defender la esencia de sus credos tan lejana de las actuales prácticas de absurdos misticismos.

Habría que comenzar por señalar la hermosa virtualidad de la doctrina en ambos casos, y eso pertenece ya al dominio de los ensueños humanos que brillaron un instante para hundirse en la tiniebla de la mistificación que acecha para alumbrar fugazmente el camino de sus agios, el glorioso relampagueo de los ideales.

Otro sol más potente ha nacido para la esclava inteligencia de los hombres: la idea acratista. Y hacia ella se encamina, desdeñando antiguos espejismos, la procesión de descontentos que alcanzó buen lote de amargura en el reparto del dolor humano.

En estas horas congojosas que no

son ya de controversia escolástica sino de bravo y prodigioso esfuerzo, quien logre demostrar el fracaso de la República, hija y compañera de la democracia, no probará nada en favor de los antiguos regímenes autoritarios por los cuales suspiran todavía los atavismos del poder feudal que hubo de ceder su puesto á las modernas tiranías. A lo sumo se demostrará con tal esfuerzo una nueva derrota de la autoridad, y un nuevo triunfo de la aspiración igualitaria que acciona por establecer —no importa cuándo— el prodominio de la Justicia sobre el mundo.

No tenemos, pues, intervención alguna señalada en el debate. Enfrente de él estamos recogiendo las piedras de la argumentación que ambos polemistas se arrojan, para reforzar con ellas nuestra ya robusta convicción acratista. Y en los intermedios que los contendores emplean en agitar sus incensarios cuyas columnas de humo fragante forman una sola ante las narices del mandatario de esta tierra —en cuya gestión administrativa se cree encontrar, sin embargo, la bancarrota del *liberalismo*—nos ocurre pensar que si como tantos aseguran, el gobierno es un organismo actualmente necesario para domar las ingénitas asperezas humanas, para los que de tal aseveración abominamos más conveniente sería que ese gobierno se hiciera sentir con el delirante autocratismo primitivo que encubren y apenas suavizan las celebradas formas republicanas.

Acaso llegaríamos en menor tiempo á la conquista del ideal emancipador, sin ese retardamiento indefinido que las *formas suaves* vierten sobre las impetuosidades de la esperanza.

No somos sacerdotes; no somos políticos. Libres por fin de los estrechos dogmatismos que otrora nos llevaron al ataque sangriento y á la defensa

desesperada, hemos cedido el campo de la reyerta vacua á los que en ella tienen asegurada la pitanza.

Nuestra labor de hoy es serena y reposada sin haber cedido un punto en materia de conclusiones radicales, no tiene ya los epileptismos ni las impaciencias que antaño tal vez la malograron y sobre ella no encontrarán ya escabel los oportunismos disfrazados que han osado llamarse nuestros compañeros.

Que cada cual defienda su tesoro. El nuestro va, seguro y victorioso, en el arca invulnerable de nuestro pen-samiento.

Quedan así respondidos los innumera-bles *amigos* que han venido sonriendo á traernos el guante de un reto bizantino que á ninguno de nosotros se ha lanzado.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

El cuervo

Detuvo su vuelo el cuervo, y dijo al ver sobre el terruño á un hombre que lo trabajaba:

—¡Miren cómo labra Juan sus tierras!

—No soy Juan,—exclamó el hombre, levantando la cabeza;—soy el hijo de Juan, que trabaja para vivir miserablemente y pagar por segunda vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo, y más allá vió, jinete en un caballo, á un caballero.

—Vaya con Dios, don Gil,—le dijo.

—No soy don Gil,—contestó el caballero; soy el hijo de don Gil, que viene á cobrar del hijo de Juan el valor de sus tierras por segunda vez.

* * *

Pasó mucho tiempo.

El cuervo detuvo su vuelo, y dijo al ver á un hombre que sudaba sobre el terruño.

—¡Miren cómo trabaja el hijo de Juan sus tierras!

—No soy el hijo de Juan,—respondió el hombre, limpiándose el sudor de la frente,—sino uno de sus nietos que trabaja para vivir miserablemente y pagar por cuarta vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo, y encontró más allá, jinete en un caballo, á un caballero.

—Vaya con Dios el hijo de don Gil,—le dijo.

—No soy el hijo de don Gil,—contestó el caballero,—sino su nieto, que viene á cobrar del nieto de Juan el valor de sus tierras por cuarta vez.

* * *

Pasó mucho tiempo.

El cuervo detuvo su vuelo, y dijo viendo á un hombre que trabajaba sobre el terruño:

—¡Miren el nieto de Juan cómo labra sus tierras!

—No soy el nieto de Juan,—respondió el hombre,—sino uno de sus biznietos, que trabaja para vivir miserable y pagar por sexta vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo, y encontró más allá, jinete en un caballo, á un caballero.

—Vaya con Dios el nieto de D. Gil,—le dijo.

—No soy el nieto de D. Gil,—contestó el caballero,—sino su biznieto, que viene á cobrar del biznieto de Juan el valor de sus tierras por sexta vez.

* * *

Pasó un siglo más.

El cuervo detuvo su vuelo, y dijo viendo á un hombre que, rota la azada, lloraba cerca del terruño.

—¿Por qué llora el biznieto de Juan?

—No soy el biznieto de Juan,—repuso el hombre;—soy uno de los nietos del biznieto de Juan, y el señor me ha

arrojado del terruño que labraron mis antepasados porque no he podido pagarle por la centésima vez el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo, y encontró más allá, jinete en un caballo, á un caballero.

—¿Dónde va tan de prisa el biznieto de don Gil, —le dijo.

—No soy el biznieto de don Gil, —contestó el caballero;—soy un nieto, del biznieto de don Gil, que viene á

buscar otro Juan que pague con su descendencia, á mí, y á los míos otras cien veces el valor de las tierras de mis antepasados.

El cuervo se alejó, y dijo graznando:

—Soy más feliz que los Juanes, porque puedo posarme libremente en la rama que se me antoja. Soy más noble que los Giles, porque no arranco los ojos de los hombres hasta que están ya muertos.

FRANCISCO PI Y ARSUGA

Contrastes de la vida

Cada día cobran don Alfonso y personas de su familia:

	PESETAS
El rey	19,445
Su hijo mayor	1,388
Su esposa	1,250
Su madre	694
Su tía Isabel	694
Su tía Paz	418
Su tía Eulalia	418
Su hermana María Teresa...	418
Total.....	24,725

Estas 24,725 pesetas diarias suponen el jornal de 4,945 obreros bien pagados.

Los sueldos actuales de 8,242 maestros rurales de primera enseñanza, suponen 24,726 pesetas al día; es decir, una más de las que percibe D. Alfonso y su familia en veinticuatro horas.

Servicio de D. Alfonso: El Real Cuerpo de Alabarderos, con 324 plazas, y un gasto para la nación de 612,112 pesetas con 48 céntimos.

La Escolta Real, con 170 individuos, y un gasto anual de 268,297 pesetas.

El rey tiene á sus órdenes: un teniente general, dos generales de división, tres generales de brigada, seis coroneles de todas armas, siete tenientes coroneles y varios comandantes y capitanes.

Tiene Inglaterra con sus colonias 408 millones de habitantes, y la dota-

ción del soberano y de su familia es de 14.250,000 francos, correspondiendo á cada súbdito inglés unas 35 milésimas; y si, prescindiendo de la población colonial nos limitamos á los 43 millones de habitantes de las islas británicas, corresponde á cada uno 82 céntimos.

Francia con sus colonias tiene 77 millones de habitantes, la asignación de su presidente es de 600,000 francos y otros 600,000 de gastos de representación, ó sean 1.200,000 correspondiendo á cada habitante poco más de un céntimo. Aplicado el 1.200,000 á los 39 millones de habitantes de Francia, corresponden 3 céntimos á cada uno.

El Czar tiene una lista civil de 50 millones de francos, y hay en Rusia 128 millones de habitantes, correspondiendo á cada uno 40 céntimos.

Los Estados Unidos, con más de 78 millones de habitantes, dan á su presidente 250,000 francos, o sea tres milésimas por habitante.

Si pasamos ahora á otros países de menos población, hallaremos que México, con 13.500,000 habitantes, abona á su presidente 250,000 francos, ó sea céntimo y medio por cada habitante.

La Argentina con 5.000,000, asigna á su presidente 180,000 francos, correspondiendo 35 milésimas á cada argentino.

Suiza con 3.400,000 habitantes, sólo

da á su Presidente 18.000 francos, correspondiendo cinco milésimas á cada suizo.

En España, la lista civil, incluyendo el Cuerpo de Alabarderos y la Escolta Real, asciende á unos diez millones de pesetas, y como somos 18.700,000 españoles, corresponden 53 céntimos á cada español.

Otra estadística.

Inglaterra destina aproximadamente el 0,4 por ciento de sus ingresos al pago de la lista civil.

Francia, el 0,03 por 100.

Rusia, el 0,89 por 100.

Estados Unidos, el 0,009 por 100.
Suiza, el 0,015 por 100.

México, el 0,06 por 100.

Argentina, el 0,04 por 100,

España, el 1 por 100.

¡Qué contrastes! Unos más y otros menos, al fin todos somos robados.

¿Cuándo nos daremos cuenta los trabajadores, y acabaremos con toda la casta de reyes, presidentes, obispos y papas?

BENITO D'RAQUEA

La Coruña (España).

A modo de crónica

Automóviles.—El Dr. J. C. Edgar ha publicado en el *American Journal of Obstetrics* una exposición de los resultados de su estudio respecto al papel del automóvil en obstetricia y en ginecología.

Por regla general, puede afirmarse que hay mayor número de sacudidas cuando se va en automóvil que cuando se pasea en carruaje de fuerza animal, salvo el caso de que ambos vehículos caminen al mismo paso.

El Dr. Edgar divide á las personas en dos clases. La 1ª comprende las personas tranquilas que no se alteran cuando se sienten transportadas con gran velocidad ni se preocupan de los muchos accidentes que pudieran ocurrir. Las señoras de esta clase pueden pasear impunemente en automóvil, aun cuando se hallen embarazadas ó en el período menstrual, siempre que los paseos no sean muy largos ni por caminos muy desiguales. La 2ª clase comprende las personas que experimentan una gran tensión muscular cuando van en carruaje y cuyas facultades están constantemente alerta en espera de un accidente. La taquicardia (aceleración anormal del corazón) y el insomnio se manifiestan comunmente en ellas después de un paseo de alguna duración. Conviene á las se-

ñoras de esta clase el abstenerse del automóvil durante la gestación. El Dr. Edgard cita, en apoyo de su tesis, tres casos de aborto.

El vitalismo, perdiendo terreno.—La sinceridad á que está obligado todo sabio, hace confesar que la Física y la Química, consideradas aisladamente, dan poca luz sobre el mecanismo íntimo de los fenómenos vitales. Muy felizmente, la química-física, la joven ciencia que resulta de la penetración mútua de sus dos mayores, viene en nuestra ayuda. Sus investigaciones acerca de la presión osmótica y el estado coloidal han sido ya la causa de sorprendentes revelaciones sobre la estructura y el funcionamiento de la materia viva. Esas revelaciones nos llenan de las esperanzas más grandes para el porvenir y, sobre todo, ponen fuera de discusión la eficacia del criterio físico-químico, único capaz de guiar á los estudiosos en el laberinto de la biología.

(José R. Carracido, profesor en la Universidad de Madrid, *Le Criterium Physico-chimique en Biologie*, agosto de 1911).

Ciencia y presunción.—La ciencia no es sino una palabra para designar el conjunto de conocimientos á que ha llegado la humanidad. Estos conocimientos, nadie puede poseerlos

por completo. Cada uno se asimila lo que puede, cual más, cual menos, pero ni aun los mejores cerebros son capaces de almacenar todos los conocimientos adquiridos. Fulano, que es superiormente ducho en fisiología, podrá no tener grandes conocimientos en otras ciencias y razonar como un pie acerca de las cosas corrientes de la vida. Fuera de que no basta almacenar, precisa saber utilizar.

El invocar la opinión de éste ó aquél sabio puede significar mayor número de probabilidades en favor de la verdad que enunciamos,—ó que creemos tal,—pero no constituye una prueba irrefutable.

Y cuando hayamos logrado conseguir algunas briznas de saber, permanecemos convencidos de que hemos hecho un esfuerzo por acercarnos á la verdad, pero no nos creamos en posesión de la verdad absoluta, porque dichos conocimientos se convertirían entonces en fuente de los errores más groseros.

(J. Grave *La Science et les «scientifiques»* julio de 1911).

Ansia de verdad es cuanto necesitamos.—Creo más y más que toda filosofía no es sino cuestión de punto de vista personal: no hay más que aspectos, de los cuales se prenda cada cual según su temperamento. La verdad filosófica no es, pues, sino relativa á cada mente que la concibe. Pero hay una cosa que está á la base de toda formación de conciencia individual, es la razón. Por consiguiente, nadie tiene derecho para estorbar el desarrollo de esta razón. Un religioso, católico, protestante, teósofo, etc., no tiene derecho para hablar de religión á un niño. Al pequeño ser, hay que dar, á medida de su crecimiento, el deseo de espíritu crítico, de prueba, de experiencia, de observación. Y como principio moral, *el anhelo de la verdad*, que exige para su satisfacción pruebas y demostraciones evidentes. En cuanto á lo demás, ello no nos concierne. ¿Ese cerebro, que ha recibido una educación científica, se aficionará mañana á un ideal espiritualista de

la ú otra forma? ¡No lo sabemos! Pero esta individualidad será siempre interesante, habiendo adquirido una convicción bien personal, gracias á una conciencia en trabajo. Yo creo que no son las diferencias entre los filósofos lo que hace menos armónica la vida, sino el hecho de no alcanzar cada uno su convicción con toda libertad.

(Leon Clément, *l'Ère Nouvelle*, nº 56).

Condecoraciones.—Traducimos la carta publicada en París por R. Chaughi el 5 de agosto último:

Desde que conozco á los hombres no tengo muchos gozos en la vida.

El otro día, sin embargo, ciertas líneas leídas en un periódico me han causado una sorpresa agradable y me han reconciliado por un rato con la raza «gentes de letras» en particular.

Todos saben que los escritores—salvo dos ó tres—son los hombres más intrigantes, sometidos y volubles y los más enamorados de cintas y cascabeles.

Pues bien, el otro día hubo uno que rehusó la cruz de comendador de la «Legión de Honor», que el Ministro de Instrucción Pública le ofrecía.

¡Pronto! ¡El nombre de esa buena persona! Anatolio France.

Señor Anatolio France: Habéis escrito bellos libros. En su sencillez y claridad respiramos el amor y el respeto de nuestra hermosa lengua francesa. ¡Gracias! Vuestros pensamientos no están siempre de acuerdo con los nuestros ¿pero qué importa? Vuestras ideas son amables, porque no son despoticas. Sois excéptico, pero sin desesperar. Vuestra duda es sonriente como la de Montaigne y no excluye el entusiasmo por las buenas causas. El rehusamiento de esa ridícula corbata que un ministro os ofrecía, es otro bello libro que acabáis de escribir.

La cruz así rehusada ha sido ofrecida luego á uno llamado Edmond Rostand. ¡Ah! Éste no se ha hecho de rogar para aceptarla. Y por eso mi alegría es completa.

Los hombres superiores y las minorías.—Comprendo la misantro-

pía de ciertas criaturas dotadas de superioridad intelectual ó moral. Goethe decía, y con razón, que los hombres superiores no pertenecen á su tiempo sino por los defectos.

En todas las especies, la orientación de la evolución es delineada por algunos tipos aislados, más aptos, más perfectos. En la especie humana, tales tipos están representados por los hombres superiores. El hombre superior es el intérprete de ciertas tendencias dispersas y latentes en la masa común humana; así como el tipo aislado, que bosqueja la variación útil de una especie dada, es el intérprete de numerosos caracteres latentes de esta especie. Esos «tipos de vanguardia», llamémoslos así, son una síntesis necesaria, un poderoso procedimiento de selección natural para fijar nuevos caracteres.

Y como no hay selección sin lucha, ni transformación que no cueste la existencia de alguna cosa, todo el progreso humano se cumple á través de una lucha mutua que tiende hacia una mutua ayuda.

Un grupo de escogidos constituye siempre una minoría, una minoría progresiva; pero hay también minorías regresivas que se proclaman pom-

posamente «grupos de escogidos».

Hay minorías que son el germen de las sociedades futuras y hay minorías que son el residuo de las sociedades muertas. Hay minorías que son el fermento de las generaciones por venir y hay minorías que son restos de generaciones extintas. Hay minorías que abrazan el porvenir y minorías que abrazan el pasado; minorías cuyas miradas esperan ansiosamente que se levante el sol de mañana, y minorías, languidescentes, que aguardan la vuelta del ayer. Hay minorías que son potencia de germinación y minorías que son fuerza esterilizadora. Y entre esas dos fuerzas, la una orientada hacia el porvenir y la otra que mira hacia el pasado, la una que empuja hacia adelante y la otra que tira hacia atrás, la mayoría representa la fuerza conservadora que establece y garantiza el equilibrio social.

Pero las minorías triunfan siempre en el porvenir: las progresivas triunfan en las sociedades que avanzan y viven; las regresivas, en las sociedades que retrogradan y mueren.

(M. Cerveira, *Les hommes Supérieurs dans la Sélection Sociale*, junio 1911.—Hemos compendiado.)

ACUSANDO RECIBO

Los misterios de la India, por Emilio Salgari. (Colección «Viajes y Aventuras»).

Son populares en Italia las obras de Emilio Salgari, que al igual de las que escribió Julio Verne, se encuentran en todos los hogares.

Los libros del ilustre autor italiano distingúense no sólo por su mérito artístico y literario, sino, principalmente, por lo maravilloso de su fábula que despierta el interés de los lectores desde sus primeras páginas, de un valor instructivo inapreciable.

La Casa Editorial Maucci de Barcelona prestando un servicio á la cultura general comienza á publicar las obras de Salgari, siendo la primera **Los mis-**

terios de la India (cuyo primer cuaderno y siguientes acabamos de recibir), en forma que se encuentren al alcance de todas las fortunas, sin omitir por ello las ventajosas condiciones materiales de presentación artística y esmerada impresión. Todas estas obras irán ilustradas por los mejores artistas italianos, entre ellos los insignes D'Amato y Della Valle.

Estas obras importantísimas se publican semanalmente por cuadernos de 32 páginas de texto y una ó dos láminas sueltas, al precio de veinte céntimos el cuaderno, que formarán gruesos tomos de cerca de 400 páginas, propios para centros de cultura, ateneos y bibliotecas.